

040. Santo Toribio de Mogrovejo

Vamos a contemplar hoy a Santo Toribio de Mogrovejo, el Obispo y el apóstol más grande que ha tenido nuestra América. Hombre culto, brillante profesor de Derecho, y con cargos importantes en la Iglesia de España, es llamado por el Rey Felipe II para encargarle sin más:

- *Tienes que ir al Perú como Arzobispo.*

Toribio queda desconcertado.

- *¿Yo? Si ni tan siquiera soy sacerdote, sino simple laico.* El Rey no da su brazo a torcer. Lo propone al Papa, y Toribio tiene que aceptar. Recibe las órdenes sagradas, es consagrado Obispo en Sevilla, se embarca hacia el Perú, y, con sus cuarenta y dos años encima, a los seis meses llegaba a las costas americanas, en Mayo de 1581.

Después de un viaje agotador, las recepciones del día de llegada son cansadísimas. Por fin, se pueden sentar a la mesa para tomar alguna cosa, y, acabada la cena, le dice el Arzobispo al paje:

- *Mañana, despiértame muy pronto.*

Su hermana, que ha venido con él, se le planta decidida:

- *¿Cómo quieres levantarte tan pronto, si estás rendido?*

Y el nuevo Arzobispo:

- *Sí, mi hermana querida. Así va a ser. Hemos de empezar a trabajar siempre muy de mañana, porque el tiempo no es nuestro.*

Con estas palabras, ha descubierto su programa entero: sin un momento de reposo, y desde el primer día hasta el último, dará a Dios, a la Iglesia y a los hombres sus hermanos, toda su persona, sin miramiento alguno, durante los veinticinco años inimaginables que le esperan.

Lima era entonces prácticamente la capital de todas las tierras descubiertas. Ciudad elegante, con Universidad, Cabildo de la Catedral, hospitales y el puerto del Callao. Toribio empieza a trabajar desde le primer momento. Le va a costar sacrificios sin cuento, humillaciones profundas, persecuciones violentas. No quería venir al Perú porque se creía indigno de la dignidad que le echaban encima. Pero se decidió por un sentimiento interno muy grande:

- *¡Allí podré ser mártir de Cristo!...*

Dios no quiere que derrame su sangre, pero va a sufrir indecibles trabajos por el Señor, a causa de la reforma que ha emprendido. Celebra sínodos y concilios y da normas muy sabias, que regirán hasta el siglo veinte a la Iglesia Latinoamericana.

Resulta imposible seguirle en todos sus pasos. Estudios modernos, basados en las mismas notas tomadas por el Arzobispo, nos dicen que cuando aún no había carreteras, ni apenas caminos en las tierras descubiertas, Toribio recorrió unos cuarenta mil kilómetros, lo mismo por las tierras llanas que por las alturas de los montes andinos.

Ante su deber de administrar el Sacramento de la Confirmación, no medía los sacrificios. Y así llegó, según sus notas, a confirmar a unas ochocientas mil personas.

En una ocasión le costó fatigas enormes y desprecios muy dolorosos. En el pueblo le reciben con hostilidad e insultos, y no le traen a la iglesia más que dos niños y una niña que confirmar.

Ve preocupados a los asistentes, pero les dice con una convicción muy profunda:

- *¿Sólo estos tres niños están hoy para confirmar?... Pues, no se preocupen. Tres niños valen mucho para el Cielo.*

El Santo oficia con la misma solemnidad que si hubieran sido mil. Lo hace con inmensa fe, y pide que la Gracia del Sacramento sea más abundante que nunca.

Y parece que Dios le escuchó bien la oración, puesto que la niña confirmada aquel día iba a valer por mil y por muchos más. Aquella chiquilla sería después nuestra querida *Santa Rosa de Lima...*

Toribio se da a todos. Pero los indígenas y los negros son los que más le roban el corazón. Los catequiza con amor inmenso, y a ellos, pobres como son, les da todo lo que tiene. Su hermana, una santa mujer, tiene que vigilar atenta, y le dice al Arzobispo:

- *Cuida un poco más de tu salud y guarda las cosas de la casa, pues no para nada en tus manos.*

Y Toribio, cuando reparte todo, hasta su propia camisa, dice al pobre a quien ha socorrido:

- *Corre, corre, márchate pronto, que mi hermana no lo vea y se presente...*

Veinticinco años de trabajos, y no resiste más.

La Semana Santa de 1606 le sorprende en un pueblo indígena. Quiere celebrar los santos Oficios, y ya no puede.

Muere entre sus indios queridos el Jueves Santo, con estas palabras en sus labios:

- *En ti, Señor, he confiado. Jamás quedaré confundido.*

Nuestros Obispos, reunidos en Roma en Sínodo Plenario de Latinoamérica ante el siglo veinte que entonces comenzaba, invocaron así a Toribio, reconociéndolo como nuestro mayor apóstol:

- *Prelado santísimo, intercede por nosotros, para que nuestros trabajos produzcan fruto sempiterno.*

Es ésta una plegaria válida hoy como lo fue ayer. El mayor regalo que Dios puede hacer a nuestras Iglesias Latinoamericanas es darnos Pastores según el Corazón de Cristo. Pastores como el que nos dio en Santo Toribio de Mogrovejo...